

había vencido, más que con las armas, con la fe. Las flores lanzadas en su honor y los versos de circunstancias, entre los cuales había unos que tuvieron la fortuna de convertirse en estribillo popular de la jornada:

*En el puente de Alcolea
ganó la batalla Prim,*

hablan más que los decretos de la Junta, que las disposiciones de Serrano. Prim era el amo; su popularidad enorme explica la falsedad de los versos. La batalla de Alcolea había sido ganada por Serrano; Prim no pudo siquiera presenciarse. Si la musa popular le brindaba todos los honores, era porque sabía, con esa intuición maravillosa de que hacen gala a menudo las colectividades, que quien había de regir los destinos de España era Prim, el adversario de los Borbones y el que ahora, con su decisión de no transigir con ellos, mataba las últimas esperanzas que habían puesto Topete, el general Serrano y muchos otros militares unionistas en la candidatura de Luisa Fernanda.

Mientras Isabel abandonaba el suelo español con la frase despectiva: "creía tener más raíces en este país", en la pared del ministerio de Hacienda aparecía con grandes letras la leyenda: "Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones". La frase se inspiraba, sin duda, en la actitud de Prim frente a Serrano y Topete, y fué atribuída, por "la malignidad de sus adversarios —según Ballesteros¹— a Romero Robledo", que iba a ser precisamente, con el tiempo, uno de los servidores de Alfonso XII.

¹ *Ob. Cit.* Vol. VIII, pág. 147.

EL PODER

Resonaba todavía en las calles de Madrid el grito de "¡abajo los Borbones!", lema del pueblo sumado al pronunciamiento, cuando el general Serrano, después de una larga conferencia con Prim, constituía el Gobierno Provisional salido de la revolución triunfante.

Ya antes de la llegada del conde de Reus, el duque de la Torre había ofrecido algunas carteras del futuro ministerio —una de ellas a Nicolás María Rivero, quien no aceptó—, a ciertos destacados miembros de la conspiración, pero orientaba o pensaba orientar el gabinete a base, principalmente, de unionistas, dejando en segundo término a los partidarios de Prim y prescindiendo en absoluto de los demócratas. Resultaba evidente que el duque de la Torre quería desoir el grito del pueblo y que los compromisos adquiridos con el duque de Montpensier pesaban mucho en su ánimo y guiaban sus pasos. Para ello, y sin el estorbo de Prim, mientras el caudillo catalán estaba entre sus paisanos, preparaba el terreno, sondeaba a los hombres de la Junta de Madrid y ofrecía cargos: a Prim había de brindarle el nombramiento de capitán general del ejército y capitán general de Madrid. Manuel Cantero —que recibió la proposición— se excusó; la revolución había triunfado a base de una inteligencia entre unionistas y progresistas, y si los primeros podían ya hablar por boca del duque de la Torre, los segundos aguardaban a su jefe. Mientras él no llegase no podían los progresistas tomar en cuenta ofrecimiento alguno. Otra vez perdía

Serrano ante Prim. Como en México, como en Cádiz, Prim se le adelantaba y lo vencía. Al llegar a la capital demostraba al duque de la Torre que el pueblo estaba con él, con su intransigencia. Para que ya no hubiera ninguna duda, para evitar discusiones engorrosas, ante el duque y frente al pueblo que lo aclamaba se comprometía con la frase: "Borbones, jamás, jamás y jamás".

Desde entonces, el general Serrano hubo de considerar perdida la batalla diplomática, en la que hacía causa común con él, Topete. El pueblo había dado ya su fallo irrevocable: los Borbones, y con ellos Luisa Fernanda, quedaban excluidos del trono que había perdido Isabel II.

Dominado, incapaz de luchar en favor de Montpensier —aunque le escribía, como para sincerarse, que no estaba perdida la última esperanza—, el duque de la Torre "dejó en manos de Prim el dinamismo de la revolución"¹. Desde un principio, a pesar de que el general Serrano constituyó el gobierno bajo su presidencia, Prim, con la cartera de Guerra y con la colaboración de los progresistas que entraron en el gabinete —Ruiz Zorrilla, Figuerola y Sagasta—, impuso su criterio y su voluntad, no a la fuerza, sino a impulso de su dinamismo y de su capacidad de trabajo. Estas cualidades del conde de Reus contrastaban visiblemente con la pusilanimidad del duque de la Torre —defecto reconocido por sus mismos apologistas²— y con la desorientación de Topete, a quien se había premiado su valiosa y decisiva colaboración en el pronunciamiento, con el cargo de ministro de Marina, y que —aun no teniendo partido— estaba siempre de parte de Serrano. Los componentes unionistas del Gobierno Provisional —Lorenzana, Romero Ortiz y López de Ayala— eran a todas luces inferiores a sus colaboradores progresistas. No sólo Prim destacaba en el gabinete: Sagasta

¹ y ² Marqués de VILLA-URRUTIA, *Ob. Cit.*, pág. 156.

demostraba ya en aquella su primera actuación ministerial, las dotes que poseía y que habían de hacerle imprescindible en el juego político español durante la regencia de la viuda de Alfonso XII, María Cristina.

El Gobierno Provisional se afana en reformas; todos los ministros hacen lo posible por demostrar su fervor revolucionario, sus ansias de cambio; el único que se mantiene extraordinariamente prudente, cauto, como si comprendiese el peligro de las concesiones, es Prim. No cede, por ejemplo, al grito casi unánime de la abolición de quintas, bandera de los revolucionarios en muchas ciudades de España, y conociendo sin duda —¡y cómo!— el peligro que para el gobierno representa la intromisión armada en los asuntos políticos, prohíbe a los militares inmiscuirse en ellos. "Es necesario que V. E. —decía a cada uno de los capitanes generales— no consienta que las clases militares tomen parte en ninguna de las asociaciones o reuniones más o menos públicas, impulsadas o dirigidas a la expresión de una idea o de un objeto político, sea el que fuere". Esta circular resulta cínica, sobre todo cuando escribe que "lo que es lícito a los ciudadanos que no pueden ejercer en la opinión de los demás otra coacción que la de su pensamiento o su interés aislado, puede considerarse hasta punible en los que tienen la influencia del mando o de la categoría en el elemento armado por el Estado para hacer respetar la ley a los que la desacatan o la olvidan"¹. La declaración es cínica, porque los argumentos que en ella expone, por ser buenos y hemos de creer muy sinceros, constituyen agria censura a su proceder de conspirador contumaz.

Pero Prim está en el poder y esto lo explica todo; se mantendrá en él hasta su muerte y no brindará —fué todo, menos un ingenuo— a sus adversarios las armas

¹ Circular con fecha 4 de noviembre de 1868.

de que él se valió. Conoce demasiado bien el valor de su propia fuerza en las conspiraciones, para que ofrezca el favor de esta condescendencia peligrosa a los posibles agitadores. No le importa ya su pasado; le interesa, por encima de todo, el poder, y con él, el mantenimiento del orden, que está muy amenazado por la situación anómala de una España monárquica sin rey y por los que se sienten impelidos a seguir el ejemplo del ministro de la Guerra, antaño un simple exiliado, sin títulos, dignidades ni espada, y ahora casi omnipotente.

Los republicanos constituyen la máxima preocupación para el Gobierno Provisional; el trastorno revolucionario ha dado sus frutos, particularmente en Andalucía, donde las esperanzas de libertad se han convertido en aurora de sangre: Málaga y Cádiz, sublevadas contra el gobierno, reciben durísimo castigo. También los partidarios del absolutismo vuelven a levantar bandera en favor de Carlos VII, pensando, no sin lógica, que la oportunidad es única. Si Isabel ha sido arrojada del trono de España, ¿a quién corresponde la corona sino a Carlos VII? De momento, la Revolución de Septiembre ha producido estos frutos: de una parte, un cierto entusiasmo republicano; de otra, la resurrección del antiguo bando apostólico cerca del cual —y esto parece el máximo de los absurdos— no dejó de haber ciertas gestiones en el período de la conspiración, para que se sumara al movimiento revolucionario.

Hay todavía otro problema, y éste muy hondo y antiguo: el de las colonias, especialmente el de la isla de Cuba, gobernada en 1868 por el general Lersundi, fiel a Isabel II, indiferente a la revolución triunfante, y con una lealtad para la reina tan grande, que aun en el mismo año de la Gloriosa¹, y cuando ya el Gobierno Provisional rige los destinos de España, celebra en la capital de la

¹ Con este nombre fué designada también la Revolución de Septiembre.

isla antillana el cumpleaños de la reina. Esta agradece y estima desde Francia aquel rasgo, mayormente al conocer, entre tantos desengaños, la frase del capitán general de Cuba: "Mi lealtad es tan alta como el trono de Dios". La expresión es muy española, pero favorece la lucha emancipadora patrocinada por Carlos Manuel de Céspedes¹, que viene a enardecer la fiebre patriota de los voluntarios españoles de la isla, señores de la arbitrariedad, amos de esclavos, partidarios del látigo y ciegos fanáticos en las virtudes del dolor como escarmiento.

Las elecciones para las Cortes Constituyentes, con la innovación del sufragio universal, fueron un modelo de imparcialidad; claro está que el júbilo popular, cuando no había tiempo todavía para los desengaños, hacía innecesaria la intervención del gobierno. La ruta de la redención —pensaban los incautos— había sido emprendida; la meta de la felicidad estaba próxima, a pesar de que los problemas se agigantaban y, simultáneamente a la bancarrota de la hacienda pública y a la crisis profunda del régimen, apuntaban otras cuestiones que perturbarán constantemente la vida de los ministerios. No será la menor de entre ellas la cuestión religiosa, agudizada en plenas Cortes con imprudencias infantiles de radicalismo verbal, como la de Francisco Sunyer y Capdevila, que desafió las iras de Dios, reloj en mano, ante una expectación digna de mejor causa.

Fueron aquéllas las Cortes que, después de abrir sus puertas a la soberanía nacional —frase muy en boga en la época—, iban a recibir el 11 de febrero de 1869 la dimisión del duque de la Torre, para encargarle de nuevo la formación de un gobierno que se llamaría "Poder Ejecutivo"; las Cortes que elaborarían la Constitución monárquica; las Cortes que habían de escuchar los más elocuentes

¹ Conocido por el Grito de la Demajagua (10 de octubre de 1868).

discursos sobre la cuestión religiosa, sobre los derechos individuales, sobre las ventajas de la forma de gobierno republicano, y en las que iban a destacarse las dotes excepcionales de Emilio Castelar, ídolo de las multitudes, estimado en grado sumo por sus correligionarios, respetado por sus adversarios. Eran las Cortes que, una vez ultimada la Constitución, invistieron al duque de la Torre del alto cargo de regente del reino —15 de junio de 1869—, con el título de Alteza. “Encerrado en su jaula de oro” —según la frase de Emilio Castelar— y habiendo encargado a Prim la formación del nuevo gobierno, Serrano cedía al conde de Reus la dirección política de España, término ambicionado y con tanto afán mantenido, que Prim ha de ser hasta su muerte el eje de toda la vida política española.

A Serrano, como ha escrito uno de sus biógrafos, no le desagradaba la jaula de oro y “placía sobremanera a la duquesa de la Torre”¹. De todos modos, el duque no era hombre para enfrentarse con Prim, en plenitud completa, entonces más que nunca de energía y dinamismo. La sospecha de Pi y Margall, de ver en la elevación de Serrano a regente, maniobra habilísima de Prim para inutilizar al duque de la Torre en las “alturas de la anodina regencia”, parece ser fruto de la pasión de la época y quizá consecuencia de la animadversión con que los republicanos observaron la gestión de Prim en la Presidencia del Consejo, ya que de todos modos el duque de la Torre se hubiera tenido que declarar vencido, como en la oportunidad en que quiso substituir a Prim en la Presidencia, en inteligencia con Nicolás María Rivero.

1870. Serrano, que veraneaba en la Granja, avisó a Prim que se trasladaba a Madrid para celebrar consejo de ministros. ¿A qué venía aquella súbita resolución del

¹ Marqués de VILLA-URRUTIA, *Ob. Cit.*, pág. 160.

regente, cuando nada justificaba el consejo? La motivaba, sin duda, el embrollo monárquico español y la inconformidad de muchos con las gestiones que Prim llevaba personalmente, desoyendo voces, consejos y súplicas. Llegó Serrano a Madrid, acudió Prim con todo su ministerio a recibirlo, se trasladaron todos a la Presidencia y se celebró la reunión, una reunión, como tantas otras, sin que nada sensacional —ni una proposición, ni un acuerdo, ni siquiera un temor— justificara la convocatoria. Al duque de la Torre le faltó valor para plantear lo que había acordado con Rivero, entonces Presidente de las Cortes Constituyentes. Nada delató sus intenciones, adivinadas por Prim, alerta como estaba siempre a la intriga. Terminado aquel raro consejo y una vez que los ministros hubieron despedido al duque de la Torre, Prim invitó a Segismundo Moret, que desempeñaba entonces la cartera de Ultramar, a dar un paseo por la Castellana. Prim iba silencioso, preocupado, pero después de dejar el coche y mientras caminaba tranquilamente, preguntó a Moret:

—¿Qué opina usted del consejo que acabamos de celebrar?

Moret no se atrevía a contestar; después de muchas vacilaciones, insinuó que quizás las intenciones de Serrano tenían por objeto substituir al presidente.

Prim, pálido —con el matiz verdoso en su tez que solía denunciar su ira—, ratificó la incómoda y violenta respuesta de Moret, exclamando:

—A eso venía, efectivamente; pero yo ya tenía acuarteladas las tropas de la guarnición, y si se atreve a iniciar el cambio de presidente, lo cojo por la cintura y lo arrojo por el balcón.

Basta esta anécdota para comprender la debilidad de carácter de Serrano ante Prim, a quien admiraba, temía y respetaba, y que, sin embargo, era un estorbo para él. Sin Prim —esto debió pensar más de una vez

Serrano—, el regente se hubiera convertido en el amo absoluto de España.

No contará Prim con pocos adversarios. Los unionistas, los republicanos y muchos militares descontentos que, inducidos por el despecho, calumniarán al presidente, murmurarán de él atribuyéndole designios de autócrata. Habrá también quien piense que sus manejos personales para cubrir el trono vacante se encaminan a hacerse indispensable como jefe de Estado. La búsqueda en las cortes extranjeras de un príncipe para ceñir la corona de España daba pie a tales conjeturas; fracasado el monarca, dado el carácter español, Prim hubiera resultado indispensable. La muerte del jefe del gobierno, apenas Amadeo de Saboya pisaba el suelo de España, impide apreciar el acierto de tales conjeturas. No obstante, a favor de los creyentes de esta trama maquiavélica pesará el desbarajuste de la primera República, perdida por falta de tradición y por la carencia absoluta de temple en los dirigentes.

Por el momento, Prim es adversario de la república, acérrimo adversario a quien no tentarán ofertas, insinuaciones ni programas de dictadura pretoriana. Su pensamiento —expuesto en repetidas ocasiones— de que en España no era viable la república por falta de republicanos —él los encontraba en cambio en la misma Rusia de los zares—, carece de fundamento. En realidad, tampoco hubo una mayoría progresista y se hizo la revolución que, como hemos visto, no pasó del típico pronunciamiento.

Más acertado era el juicio de Castelar: "Substituir la monarquía tradicional por otra nueva, sin arraigo ni estima en el país, constituye el mayor de los absurdos".

Se convino en un programa monárquico que no representara el espíritu de la monarquía derribada, aniquiladora de las libertades públicas, sino una monarquía emanada del sufragio universal, respetuosa con los derechos del pueblo, democrática y, por lo tanto, popular.

Sueño o más bien delirio si recordamos que el monarca más querido, pese a la crítica y a los análisis de los historiadores, resultó ser Fernando VII, amor que envolvió también —a pesar de la exaltación momentánea y fugaz, fruto revolucionario— a su hija Isabel II.

Presintiendo el triunfo de la constitución monárquica tocó a Prim la ardua tarea de buscar un príncipe para la corona española. Las caricaturas de la época hablan eloquentemente del estado del país. Ya no eran sólo los republicanos quienes se mofaban de aquel proceder mendicante: los mismos borbonistas y los partidarios del duque de Montpensier no disimulaban su contrariedad, y la reflejaban en la sátira.

Comprendió Prim que esta labor había de realizarla él solo y no cejó en la tarea. La estorban los intrigantes carlistas y, con mayor vuelo todavía, los republicanos, que se habían levantado en armas en Cataluña y en Andalucía. El conde de Reus sofocó con dureza estas rebeliones, a pesar de que en las filas del republicanismo se hallaban figuras un día aliadas en sus manejos contra Isabel II, entre ellas la de José Paúl y Angulo, abnegado servidor de la Revolución de Septiembre.